
PHILIP W. SILVER

*Ruina y restitución:
reinterpretación del romanticismo en España*

Madrid, Cátedra, 1996, 177 p.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?
Rubén Darío (1907)

... las bases del conocimiento histórico no son hechos
empíricos sino textos escritos, aun cuando esos textos
se disfracen con la máscara de guerras o revoluciones.
Paul de Man (1983)

Los estudios, constataciones e interrogantes sobre la poesía española del siglo XX han llevado a Philip W. Silver a una nueva interpretación del romanticismo. Para Philip W. Silver, la manera de entender el romanticismo, en el caso español, está equivocada en parte. Por tanto, hay que reinterpretarlo de nuevo para destituir el paradigma presente y sustituirlo por otro que ayude a comprender la trayectoria de la poesía española posromántica (confundida con el modernismo hispanoamericano).

En comparación con sus homólogas francesa, alemana e inglesa, el progreso de la poesía española de los siglos XIX y XX parece vacilante y discontinuo: antes que seguir ocultando esta discontinuidad invocando los nombres de Bécquer, Rosalía, Rubén Darío y Martí, conviene partir de estas constataciones para encontrar un modelo que explique las particularidades del caso español.

La hipótesis predominante ha considerado que toda la poesía moderna es heredera directa o indirecta del romanticismo. Por tanto, la falta de excelencia de la poesía española de finales del siglo XIX (con sólo breves fogonazos en la publicación de las *Rimas*, 1871, de Bécquer y *En las orillas del Sar*, 1884, de Rosalía de Castro) se explicaba mediante la fragilidad de la Ilustración española y la baja intensidad del romanticismo. Sin embargo, con la publicación de *Arias tristes* (1903) de Juan Ramón Jiménez y *Soledades* (1903) de Antonio Machado la poesía española del siglo XX comienza a contar con una segunda



Edad de Oro, con poetas de la talla de Unamuno, Valle-Inclán, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Miguel Hernández, Gerardo Diego, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Blas de Otero, Gabriel Celaya, Gloria Fuertes, Jaime Gil de Biedma, Ángel González, Claudio Rodríguez, Francisco Brines, Julia Uceda, José Ángel Valente, Guillermo Carnero, Antonio Colinas y Ana Rossetti. Estos nombres son testimonio, para Philip W. Silver, de que la poesía española del siglo XX está a la altura de las letras europeas. Por tanto, en el caso español, o bien la concepción que relaciona el romanticismo como causa de la poesía moderna está equivocada, o bien sí se contó con un vigoroso movimiento romántico predecesor.

Philip W. Silver propone una nueva manera de comprender el romanticismo en España, más como carencia que como progenitor. El fenómeno es doblemente complejo. Aunque el romanticismo literario no tuvo fuerza en España, los acalorados debates que provocó confirman su importancia ideológica durante todo el siglo XIX, de cara al establecimiento de una nación-estado económica y políticamente unificada. Por tanto, el único romanticismo que se dio en España y que podía tolerar el primer liberalismo español fue decididamente conservador —y centralista—, acorde con la mentalidad moderada de la época (reflejo del pacto liberal-conservador entre una burguesía anémica y una nobleza todavía poderosa). Tras constatar que en España no cuajó un movimiento altorromántico de envergadura, sí conviene advertir que esta discontinuidad entre el romanticismo y la poesía contemporánea se ve compensado en cierto grado por una restitución *ad hoc* del alto romanticismo, fenómeno que nos lleva a comprender la poesía de Cernuda.

La invención de la España moderna propuesta por el romanticismo estuvo teñida, en líneas generales, de conservadurismo y moderación. Al aplicar la versión schlegeliana de las ideas de Herder, Böhl de Faber trazó en buena medida el esbozo de lo que sería el romanticismo en España: un romanticismo conservador en lo político, católico y centrado en la revitalización de los valores nacionales. La respuesta de los partidarios de un romanticismo liberal (Vicente Llorens, R. Navas-Ruiz e Iris M^a Zavala) consistió en ignorar este romanticismo conservador para afirmar que la vía de penetración había sido la de los exiliados liberales en la década ominosa (1823-1833). Los nombres de Larra y Espronceda eran presentados bien como prototipos del romanticismo liberal bien como representantes de un alto romanticismo de corte europeo por sus incursiones en la protesta cósmica y la angustia metafísica (Donald L.

Shaw, Richard Cardwell y Susan Kirkpatrick). En opinión de Philip W. Silver, ni aun en la década de apogeo del romanticismo español (1834-1844) se puede hablar de movimiento liberal altorromántico (Larra y Espronceda son dos románticos muy destacados cuya obra no constituye movimiento ni puede ser tildada de alto romanticismo de corte europeo). Por el contrario, constata que el único romanticismo literario con alguna posibilidad de éxito fue el romanticismo con la mirada vuelta atrás, domesticado, conservador, medievalizante y nacionalista, glorificador de la tradición nacional. Pero este romanticismo histórico era proteico: era más una corriente de opinión que un hecho literario estricto.

Desde puntos de partida ideológicos distintos, en un caso moderado y en otro federalista e iberista, Modesto Lafuente y Patxot i Ferrer ejemplifican la posición historiográfica nacionalista de los muchos historiadores románticos cuyas historias generales de España fueron publicadas entre 1840 y 1875. Coincidían en presentar la totalidad del territorio español y reclamaban la uniformidad del sistema judicial y la unificación del mercado nacional. Además, fomentaron la idea de que las clases propietarias, en su conjunto, constituían una suerte de burguesía nacional cuyos ideales habían sido consustancialmente españoles y habían desarrollado la historia de España (descubrimiento de América, unificación bajo los Reyes Católicos, guerra de la Independencia). El mito de un carácter nacional español, originario y transhistórico, se complementaba con la presentación de un agente burgués de la historia (tal manipulación historiográfica le permitiría a Menéndez Pidal insistir en el individualismo burgués del Cid)

De esta relación imaginaria del nacionalismo romántico con el pasado se derivaron importantes consecuencias. Por ejemplo, la historiografía española adoptó un modo enteramente retrospectivo —en perenne disyunción con el presente o el pasado. La facción liberal, moderada y autoritaria privilegió entre 1843 y 1868 el punto de vista castellanocéntrico, que ha sobrevivido ciento cincuenta años al acoso de historiadores micronacionalistas, como Patxot i Ferrer, Pi i Margall, V. Almirall, J. Vicens Vives, Antoni Jutglar y Pere Bosch Gimpera.

La Generación del 98 (que incluye a Azorín, Unamuno, Antonio y Manuel Machado, Maeztu y sus epígonos: Ortega y Gasset, Menéndez Pidal y Américo Castro) es tratada por Philip W. Silver no como una generación altorromántica (como había propuesto Edmund L. King), sino como un conjunto de intelectuales orgánicos integrados en la tradición del nacionalismo romántico castellano-



céntrico. El amplio atractivo de los escritores del 98 durante el siglo XX tiene mucha relación con el hecho de que ante la amenaza constatada de la desunión nacional, respondieron con una nueva sublimación del mitema de una Castilla unificada y esencial (canonizando la literatura española que expresa este nacionalismo espiritualizado basado en Castilla).

Con la Generación del 98 se hicieron patentes —y culminaron— las contradicciones autoritarias y elitistas del liberalismo español. El examen de los ensayos periodísticos de Azorín entre 1906 y 1912 confirma su estrecha afinidad con los poetas románticos, novelistas, costumbristas e historiadores del siglo XIX. Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) acentuó la identidad castellana de la épica española y la consideró vehículo original de ciertos rasgos nacionales eternos (sobriedad, idealismo, individualismo y religiosidad). Ortega y Gasset insiste en la confusión de España y Castilla. Naturalmente, la otra cara de esta obsesión castellanista es el desprecio o la ignorancia hacia las otras culturas peninsulares. Todos estos factores son indicativos de que la Generación del 98, en opinión de Philip W. Silver, no recoge la pretendida expresión de alto romanticismo de una regeneración espiritual de España. El neorromanticismo de la Generación del 98 (con excepción de Valle-Inclán) fue una respuesta centralista al micronacionalismo vasco y catalán de finales de siglo.

En el Capítulo II, Philip W. Silver aborda la función de la poesía en la revelación de la historicidad (en el sentido de ser histórico). El debate suscitado en Jena en torno a la yuxtaposición de lo clásico y lo moderno desembocó en un romanticismo filosófico. Un asunto que interesa especialmente a Friedrich Schlegel es el de la reconversión del yo absoluto del idealismo en sujeto creativo romántico, lo que encauza la filosofía especulativa hacia la interpretación poética de la subjetividad. Schiller razona sobre las nociones de lo bello y lo sublime para confirmar la superioridad de la segunda (la belleza y lo ingenuo se asocian al arte de la Grecia clásica y la sublimidad y lo sentimental a la casi imposible perfección buscada por los modernos o románticos). Friedrich Schlegel da nuevos pasos conceptuales (a través de la noción de “ironía romántica”) al intentar coordinar estas series opuestas: naturaleza y cultura, vida y decadencia, antiguos y modernos, entendimiento y razón, individual y universal, unidad y abundancia.

En España esta gran controversia filosófica derivó hacia un debate nacionalista en torno a la cultura y la política (Juretschke, Flitter). El emparejamiento entre lo ingenuo y lo sentimental de Schiller, la contraposición entre clásicos y románticos de August W. Schlegel o la brillante síntesis de

Friedrich Schlegel fueron ignorados por los primeros románticos españoles, a pesar de haber sido entrevistados por Böhl de Faber. Sin apenas reflexión filosófica, los románticos españoles se interesaron poco por lo que significaba el clasicismo para los alemanes. La mirada al pasado en vez de ser admonición del presente era su simulacro (y así llegaron a la consideración de que el teatro del Siglo de Oro y el romancero expresaban fielmente la esencia de la nación).

¿Qué significa alto romanticismo? Silver refuta el consenso canónico sobre el romanticismo (establecido por Wellek y Abrams) y reconstruye una poética histórica derivada de Hölderlin y Paul de Man. René Wellek sostenía que los movimientos románticos europeos (Alemania, Inglaterra y Francia) formaban en realidad un solo grupo coherente en cuanto a estilo, teoría y filosofía: en los tres podía detectarse un mismo concepto de la imaginación romántica y de la relación del hombre con la naturaleza, así como un empleo similar de imágenes, simbolismo y mito. Paul de Man encontró en Hölderlin una dinámica poética del devenir histórico. La mirada poética retrospectiva, lejos de ser antihistórica, es el acto histórico quintaesenciado: aquél por el que nos hacemos conscientes del carácter dividido de nuestro ser y, en consecuencia, de la necesidad de satisfacerlo, de realizarlo en el tiempo en vez de experimentarlo en la eternidad. Mientras que la historia inauténtica implica una idea reverencial del pasado, la historicidad auténtica es futura, es decir, realizadora de la propia historia.

Con pocas excepciones, las descripciones del romanticismo español están limitadas por dos sistemas binarios maximalismos: todo vs. nada y pronto vs. tarde. E. Allison Peers afirma que la literatura española es innatamente romántica; Ángel del Río y Donald Shaw están seguros de que España nunca ha tenido ningún tipo de romanticismo; Russell P. Sebold se esfuerza en demostrar un alto romanticismo temprano español; otros alegan la existencia de un sucedáneo tardío y respetable, como el modernismo (Octavio Paz) o la Generación del 98 (King y Alborg). La contrateoría de Silver tiene dos supuestos. Lo que se considera alto romanticismo español (Duque de Rivas, Larra y Espronceda) fue un abigarrado romanticismo histórico, y su continuación (Zorrilla, Mesonero, Campoamor, Fernán Caballero, Bécquer), un nacional romanticismo. Aunque en España no hubo, por tanto, un movimiento altorromántico, sí han aparecido casos aislados de alto romanticismo europeo en el siglo XIX y abundantes casos de alto romanticismo europeo en el siglo XX, lo que explica la exuberancia del modernismo y la fuerza de la poesía en la primera mitad del siglo XX.



Esta perspectiva reconstitutiva, advierte que en vez de relacionarse como causa-efecto, ambos fenómenos derivan del alto romanticismo europeo (si en el siglo XIX se dieron las deudas de José M^a Heredia y Espronceda a Ossian, Foscolo y Lamartine, las de Larra, Espronceda y Bécquer a Heine, y las de Bécquer a Chateaubriand y Heine, en el siglo XX encontramos la deuda de Unamuno a Sénancour, las de Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas a Shelley y Keats, las de Cernuda a Browning, Wordsworth, Hölderlin y Leopardi, y las de García Lorca y Cernuda a Jean-Paul Richter)

El libro termina con dos nuevos análisis de Bécquer (1836-1870) y Cernuda (1902-1963). La prosa de Bécquer no es expresión de alto romanticismo, sino exponente de la estética sublime prerromántica, dieciochesca y, por tanto, anacrónica (su formación fundamentalmente neoclásica y su conocimiento de Addison, Blair, Lista y Burke avalan esta suposición). Luis Cernuda es considerado como un poeta romántico contemporáneo, cuya obra se ha construido partiendo de los residuos del alto romanticismo europeo, y ha logrado una particular restitución del mismo. Cernuda, en exilio permanente a partir de 1937, tras leer las poesías de Hölderlin, Leopardi y los románticos ingleses, reconfigura su obra según lo que después se conocería como el paradigma romántico abramsiano. El hombre cernudiano es consciente de su finitud y está maldito, pues imagina la prerrogativa de Dios —la eternidad— y siente celos de ella. Las reflexiones sobre el tiempo, el deseo de recuperar la inocencia y la infancia en cuanto edad no afectada por el tiempo, la unión con la naturaleza y el goce de los halagos de este mundo, la belleza como parapeto contra la destrucción y la mortalidad, la visión solipsista del mundo («la realidad exterior es un espejismo y lo único cierto mi propio deseo de poseerla»), que en vez de retirarse al interior de la imaginación profundiza en la propia conciencia, la significación última del deseo y la reflexión sobre su propio simbolismo romántico conforman un vasto mundo de autoconciencia, vértigo, melancolía, fracaso y soledad, heredado del romanticismo europeo.

El estudioso de la literatura española encontrará en estas páginas un ensayo arriesgado y valiente, pero muy bien documentado. Philip W. Silver interpreta los datos del romanticismo español y analiza en su contexto los distintos modelos interpretativos que se han sucedido durante ciento cincuenta años. En ocasiones es difícil de leer, ya que presupone un lector versado en los problemas del romanticismo filosófico; en otros momentos, se hubiera preferido mayor contraste con otros textos olvidados (como por ejemplo el de la novela históri-

ca de Larra y Espronceda). Pero estas pequeñas lagunas no pueden ensombrecer una visión de conjunto que es realmente enriquecedora; y, además, el emocionante repaso a la obra de Cernuda es un cierre «sublime» —como dirían los románticos.

RICARDO RODRIGO MANCHO

Universitat de València